

Jeromin

10 CTS

AÑO VI.—NUM. 276

REVISTA SEMANAL PARA NIÑOS (Sale los jueves)

Madrid, 23 de agosto de 1934



Festejos veraniegos.—EL PARQUE ZOOLOGICO

DON SIMPION Y DINAMITA



Ya sabéis que a "Feote" lo habían robado el "Toma" y "Dale" confundiendo con el perro desaparecido propiedad de los millonarios señor y señora de Pisoduro.



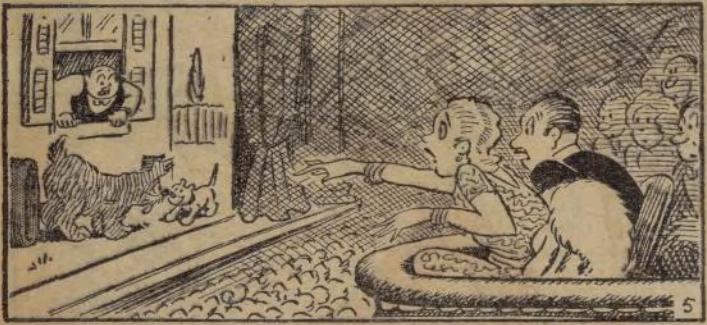
Estos son los señores de Pisoduro, propietarios del perro parecido a "Feote", y por culpa del cual habían robado el simpático chuchito. Les presentamos a ustedes a los señores.



Se los presentamos en el momento en que el señor de Pisoduro, para que su señora se distraiga y olvide el rapto de su perro, la lleva al "cine" a ver la película de "Feote".



Comienza la película sin que la señora de Pisoduro desarrugue el entrecejo, atormentada por la idea del secuestro de su perro. Pronto vamos a tener el drama y tragedia.



Pronto, muy pronto, dentro de unos instantes, ya está aquí el drama. La señora, seducida por el gran parecido, confunde a "Feote" con su perro secuestrado. ¡Oh, qué emoción!



Y se desmaya de la emoción, mientras su esposo jura y perjura que dará su vida por recuperar al perro. ¡Qué lío, Dios mío! ¡Qué lío de perros se ha organizado! ¿Cómo acabará esto?

BAJO EL IMPERIO DEL TERROPO

AVENTURAS DE UNOS MUCHACHOS EN EL PARÍS REVOLUCIONARIO

CAPITULO VI

Camino de París

Entre los desiertos matorrales de un espeso bosque, bajo un cielo cubierto de negras nubes, a boca de noche oscura, caminan decididos dos muchachos silenciosos entre los aullidos del viento. Ningún temor les infunden ni fieras ni ladrones, ni las patrullas armadas que por todas partes infestan los caminos. Son, como se habrá sospechado, nuestros dos amigos Emilio y Pablo, que, abandonando el hogar, se han lanzado denodados camino de París. Pocos días hace que Pablo ha recibido una carta en que se le decía: "Ven, hijo

mío, sin tardanza, si no quieres renunciar a ver a tu padre". Y no ha habido peligros ni temores que le hayan apartado de su propósito. La buena Teresa no ha querido dejarle partir solo, y le ha dado por compañero a Emilio, confiando a ambos en manos de la Providencia.

A estas sus ansias comunes se refieren las escasas palabras que cruzan ambos muchachos en el camino. La noche ha cerrado en densas tinieblas, rasgadas de vez en cuando por el fulgor de lejanos relámpagos. Se hace en extremo penoso el avanzar con tal oscuridad y sin orientación posible. La tempestad se acerca y amenaza estallar sobre sus cabezas. De pronto creen percibir entre el



fulgor de los truenos, rumores extraños, y deciden hacer alto y acomodarse en algún refugio para pasar la noche.

—Ven—decía Emilio a Pablo—; busquemos el amparo de algunas rocas o de algunos árboles corpulentos, y yo te acomodaré con hojas y hierbas secas en una buena cama.

—¡Pobre Emilio, que por mí has dejado las comodidades de tu casa y te has lanzado a tantos peligros! Cuán obligado te quedaré toda la vida.

—Bien sabes que no hago sino corresponder por lo mucho que mis padres deben a los tuyos. Además, yo mismo soy un sincero amigo tuyo, y quiero ayudarte y correr tu suerte.

En esto comenzaron a oírse más claros y cer-

canos aquellos extraños rumores de voces y gritos mezclados con el estrépito del vendaval y la tormenta. Por evitar un mal encuentro, los dos muchachos echan a correr sin saber hacia dónde en medio de la oscuridad, hasta que se convencer de la inutilidad de sus esfuerzos. Las voces y gritos se oyen ya junto a ellos y suenan en todas direcciones. Los infelices, sin saberlo, se hallan a dos pasos de la carretera, por donde se acerca un batallón de revolucionarios armados, que van también camino de París.

—¡Antes de que nos descubran, ocultémonos en cualquier sitio!—dice Emilio a su compañero—; Mira; bajo esta mata espesa de lentiscos, acómodate; que yo te cubriré luego con ramaje y hierba



para reservarte del agua y el frío. Y luego me instalaré yo mismo en algún otro escondite seguro. ¡Pronto! ¡Que nos van a descubrir con sus linternas!

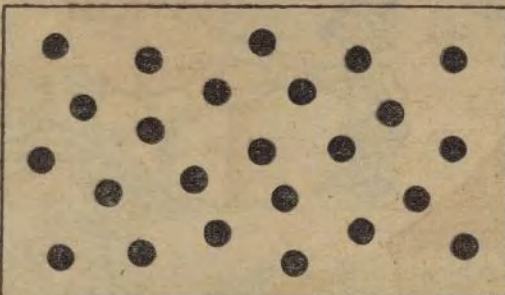
Cuando Emilio terminaba su operación, sonó el estampido seco de un tiro y luego una descarga de más de veinte fusiles. Al mismo tiempo retumbó un trueno, se desató un verdadero diluvio, y los revolucionarios se dispersaron, yendo cada cual a buscar refugio bajo los árboles del bosque.

Junto a la mata en que se ocultaba Pablo se habían refugiado siete revolucionarios de fachas

patibularias, entre gritos salvajes y ademanes de borrachos. Uno de ellos se destacaba del grupo y avanzaba hacia la mata. Un paso más y descubre a nuestro amigo; pero se interpone otro soldado, que salva la situación.

En medio de su angustia, siente Pablo, de pronto, los gritos de un joven confundido con la algarazara de los soldados. Era el pobre Emilio, que no había tenido tiempo para ocultarse en sitio seguro y había sido atrapado junto al árbol, detrás de cuyo tronco se había escondido. ¿Qué suerte le estaba reservada al pobre muchacho?

PASATIEMPOS



Colocar estos 24 puntos en dos grupos, de distinta forma, cada uno de los cuales forme seis filas de cuatro puntos cada una.

SOLUCIONES A LOS PROBLEMAS DEL NUMERO ANTERIOR



El nombre que se forma con las iniciales de los objetos dibujados es Calderón.



Para cruzar este río de tres metros de ancho, disponemos de 8 tablones de 2,70 metros cada uno. ¿Cómo harías con ellos un puente?



Ved el dibujo que resulta uniendo correlativamente los 79 puntos del problema.

CAPTURA ORIGINAL



El "Manazas" había afanado un carrito, y corría con él como alma que lleva el diablo. El pobre policía no lograba alcanzar al "Manazas", que era un



"pura sangre" en eso de salvar distancias. Pero Julianito era un chico listo y decidido, y cuando vio que el randa pasaba bajo su ventana, dió un sal-



to, si no mortal, por lo menos de pronóstico grave, y, cayendo sobre la zaga del carro, hizo saltar al "Manazas" sobre las



manos amorosas del guarda, que le condujo acto seguido a la "Coma", mientras Julianito era efusivamente felicitado

VERDADES Y MENTIRAS

Los vestidos del brahmán

Un brahmán muy famoso por su bondad y sus riquezas y que solía recibir muchos presentes del pueblo, tuvo un día el capricho de salir a la calle vestido como un pobre aldeano.



Con su humilde indumento se dirigió a la plaza del mercado, donde nadie le saludó ni le hizo caso ni le presentó ofrenda ninguna. Entonces el brahmán regresó a su casa, y vistiéndose con ricas prendas se dirigió de nuevo a la plaza del mercado. Esta vez todos le saludaron, se le acercaron y le hicieron presentes.

De nuevo regresó el brahmán a su casa a cambiar sus ropas por otras prendas humildes. Y cogiendo vestidos ricos y llevándolos al mercado, los puso en una hornacina, y postrándose en tierra comenzó a gritar:

—¡Oh, poderosos indumentos! ¡Salud! ¡Los vestidos son la cosa más venerada y estimada que hay en el mundo!

La gente se congregó maravillada en torno del brahmán, y a poco comenzaron todos a imitarle postrándose en tierra

y adorando aquellos vestidos. La costumbre se fué extendiendo por otros países y llegó a la misma Europa, donde los necios practican igual adoración aunque no con un rito igual.

¡Bastante desgracia tiene!

Sócrates, el famoso filósofo griego, iba un día por una calle acompañado por dos discípulos suyos. Pasó cerca de ellos un ciudadano noble y Sócrates se adelantó a saludarle cortésmente. Pero el noble, ensobrecido, pasó de largo sin dignarse contestar al saludo.

Los discípulos, indignados por aquella grosería, no pudieron disimular su cólera ante el maestro.

—¿Por qué os inquietáis?—les



dijo plácidamente Sócrates—. ¿Os habierais indignado acaso si hubiese pasado junto a nosotros un hombre más desaseado que yo? ¿Pues por qué os indigna el que hayamos hallado a un ciudadano menos cortés que yo?

Tres rasgos de ingenio

Un rey, paseando por el cam-

po, encontró una vez a un viejo campesino que estaba plan-



tando una palmera. Maravillado el rey le preguntó:

—Anciano, ¿esperas acaso recoger frutos de esta palmera?

—¡Majestad!—repuso el anciano—; otros antecesores nuestros plantaron para que nosotros comamos, y nosotros debemos plantar para que nuestros sucesores comen.

El rey, a quien esta ingeniosa respuesta complació sobremanera, mandó que se entregase una recompensa al campesino, el cual la agradeció diciendo: —¡Señor! ¡Ya veis qué pronto ha fructificado la palmera!

Esta salida agradó más aún al rey, quien mandó que se entregase otra recompensa al agricultor. Pero éste no agotaba tan fácilmente su ingenio, y replicó: —¡Señor!, lo más extraño del caso es que esta palmera ha dado dos cosechas en un año.

—¡Bravo!—exclamó complacido el rey—. Y de nuevo mandó que sus mayordomos galardonasen el ingenio de aquel rústico.

PUBLICIDAD GRATUITA



Don Robusto era un trabajador infatigable. Era hijo del trabajo, pero odiaba a su padre: así que veía un banco, le daban mareos de cansancio, y



hecho polvo de no hacer nada se sentaba al instante. Esto es lo que hizo aquella mañana don Robusto, sin darse cuenta de que el respaldo del banco estaba

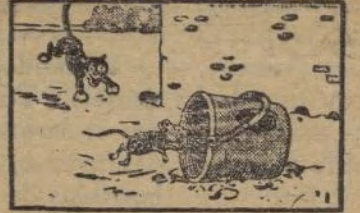


cortado, y cuando el encargado de pintar los carteles de propaganda llegó a la valla, le plantó a don Robusto, sin darse



cuenta, un anuncio conmovedor. ¡Era la primera vez que trabajaba nuestro hombre! ¡De cartel anunciador!

El ratón y el gato



El gato feroz perseguía al ratoncillo con ánimo de masticar el hígado por las buenas. El ratoncillo corría más que Trueta, pero el gato feroz era un "hacha" moviendo las patas y pron-



to le daría alcance. El ratoncillo, que veía peligrar su pelleja, se coló en un cubo, creyendo que aquello tendría salida; al ver lo contrario escapó por un agujero, con tan buena fortuna,



que hizo saltar el asa que, cayendo sobre el "torrao" del gato feroz, le dejó k. o., mientras el ratoncillo huía a su madriguera a soñar con un vagón de queso manchego.

LOS MARAVILLOSOS VIAJES DE GULLIVER



CAPITULO V

El Imperio de Blefuscu es una isla situada al Nordeste de Liliput, y sólo hay a medio un canal que los divide, el cual tiene cuatrocientas toesas de anchura. Yo no le había visto, y como estaba advertido del desembarco proyectado, no había querido presentarme en la costa porque no me descubriesen acaso algunos de los navios enemigos.



Ya di cuenta al Emperador de que tenía formado por el pronto un buen proyecto para hacerme dueño de toda la armada enemiga, que, según relación de los que habíamos enviado a observar, estaba para salir del puerto al primer viento favorable. Consulté a los más prácticos en la Marina, a fin de informarme de la profundidad del canal, y me dijeron que en la mayor altura tenía, sosten-

ta Glumgluffs (esto es, seis pies escasos según las medidas de Europa), y en todo lo restante, que tendría cuando más cincuenta Glumgluffs. Acerquéme con toda precaución a la costa del Nordeste, frente por frente de Blefuscu, y acostándome detrás de una colina, me puse los anteojos y pude ver la armada, compuesta de cincuenta navios de guerra y otros muchos de transporte. Me retiré luego al punto, y mandé fabricar una gran porción de cables, los más fuertes que pudiesen, con unas barras de hierro. Suponiendo que los cables quedarían del grueso de un bramante doble, y las barras como unas agujas de hacer media. Tripliqué los cables para darles más fortaleza, y uniendo igualmente las barras, hice de cada tres un gancho o corchete, que até a sus extremos. Volví a la costa del Nordeste, y dejando allí la chupa, medias y zapatos, me entré en el mar. Principié a nadar con toda la aceleración posible, y llegado al medio, seguí nadando del mismo modo cerca de quince toesas hasta que pude hacer pie. En menos de media hora llegué a la flota; viéronme los enemigos, y fué tanto el pavor que les infundió mi presencia, que saltando todos fuera de los navios, como un enjambre de ranas, huyeron tierra adentro. Bien habría treinta mil hombres. Entonces, echando mano a mis cables, fui prendiendo todos los navios, uno por uno, con los



garfios, por el agujero de la proa; pero mientras duró esta maniobra, me dieron los enemigos una descarga de tantos millares de flechas, que hiriéndome muchas de ellas en la cara y manos, no sólo me causaban un excesivo dolor, sino que me estorbaban trabajar. Mi mayor cuidado era guardar la vista, que infaliblemente hubiera perdido si no me ocurre a tiempo el arbitrio de los anteojos que por fortuna llevaba conmigo, y asegurándolos cuanto pude en las narices, me armé así como de una especie de broquel, con que continué la maniobra a pesar de la granizada de flechas que sobre mí caía sin intermisión. Habiendo colocado bien mis ganchos, empecé a tirar, pero inútilmente, porque todas las embarcaciones estaban ancladas. Corté prontamente sus cables con un cuchillo en que no me detuve mucho, y con la mayor facilidad me llevé tras mí cincuenta navios de los principales.



que se acercaba una flota en figura de media luna; pero como el agua me cubría hasta el cuello, no advertieron que era yo el que la conducía hacia su puerto.

(Continuará.)

DON SEVERO AVENTURERO



El desconocido llegó corriendo hasta donde estaba don Severo. "¡Por favor, si sabe nadar salve a mi señor!"



¡Sálvela, que se ahoga!" Don Severo, siempre generoso, se despojó de su ropa y se lanzó a nado, salvando a



la "señora" del desconocido, que resultó ser un conocido ratero, que dejó al pobre don Severo en calzoncillos.



¡Para que uno se lance a realizar actos heroicos! Podéis figuraros lo que sufrió don Severo...



UNA Galletita para la coto- rita

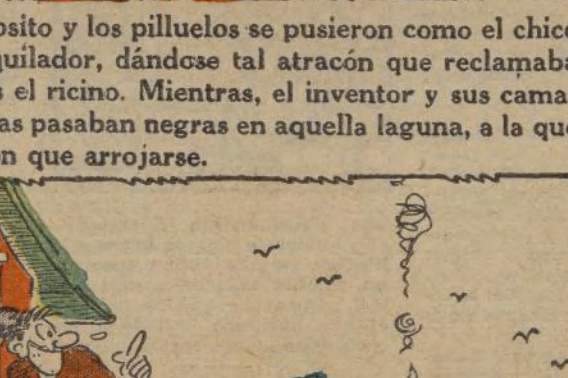


UNA Galletita para la co- torrita

HAZAÑAS AL ALIMÓN DE



El osito y los pilluelos se pusieron como el chicle del esquilador, dándose tal atracón que reclamaba a voces el ricino. Mientras, el inventor y sus camaradas las pasaban negras en aquella laguna, a la que tuvieron que arrojar.



Tizón hizo fuego—cosa fácil para un Tizón—, y, al amor de la lumbre, secaron sus ropas mojadas, y refrescaron en un canto los pretéritos pluscuamperfectos, doloridos y maltrechos por obra y gracia de las zarpas de Celerino, el "indino"



Y a la buena de mamá Tecla se le cayó la maternidad viendo a sus tiernos retoños cabalgar en el oso con la misma gallardía que un pato conduciendo un autobús. "¡Qué hermosotes son!—exclamó—. Hasta las fieras les aprecian".



Para que uno se lance a realizar actos heroicos! Podéis figuraros lo que sufrió don Severo...

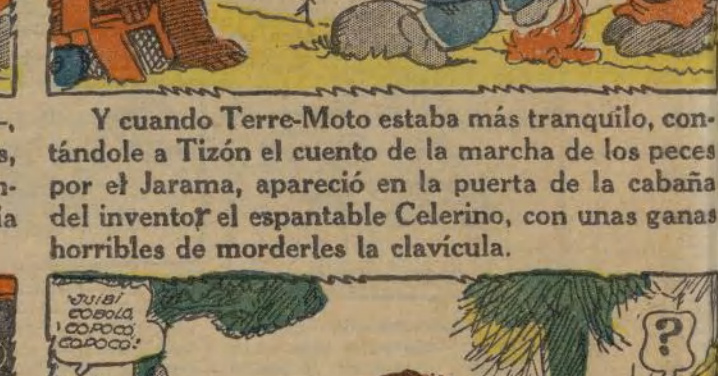
ALIMÓN DE



Terminado el banquete, y cuando no quedaron más que las rasas, pensaron si se comerían también la cesta, decidiendo por fin el dejarlo para mejor ocasión, y, montando en Celerino—que así bautizaron al oso—, partieron para su casita.



Y cuando Terre-Moto estaba más tranquilo, contándole a Tizón el cuento de la marcha de los peces por el Jarama, apareció en la puerta de la cabaña del inventor el espantable Celerino, con unas ganas horribles de morderles la clavícula.



Pero, así que se se hubieron alejado medio kilómetro, el falso Ceferino descubrió la tostada, y los pilluelos comprendieron, a costa de sus retaguardias, el engaño de que habían sido objeto, la trampa infame en la que habían caído ingenuamente.



Para que uno se lance a realizar actos heroicos! Podéis figuraros lo que sufrió don Severo...

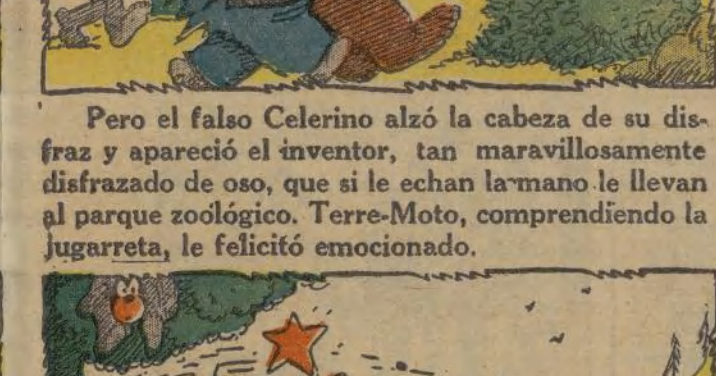
TARUGO Y PERDIGÓN



Afablemente se despidieron de Celerino, con quien ya tenían más amistad que si hubieran ido a la escuela juntos. Celerino les dijo adiós levantando la garra izquierda, que es con la que se despiden los osos bien educados.



Pero el falso Celerino alzó la cabeza de su disfraz y apareció el inventor, tan maravillosamente disfrazado de oso, que si le echan la mano le llevan al parque zoológico. Terre-Moto, comprendiendo la jugarreta, le felicitó emocionado.



Pero, cinco segundos después, el drama tomaba un cariz insospechado con la llegada del verdadero Celerino, el cual, al ver que estaban atizando estopa a sus queridos amigos, se lanzó sobre los dos hombres y les hizo entrar en barrena.



Para que uno se lance a realizar actos heroicos! Podéis figuraros lo que sufrió don Severo...

TERESA Y NINA TRAVIESAS



—Soy un tío con toda la barba. Qué gusto el pasear por las carreteras sin el miedo de los "autos" de la ciudad.



¡Socorro! ¡Me ha matado!—Y cuando el vagabundo recobró el poco conocimiento que le quedaba, al ver a



Teresa que se había parado a socorrerle, la creyó autora del atropello, y... ya veis el premio que la dió. Decí



didamente, nuestros héroes no podían realizar buenas obras, porque siempre salían mal parados.

Risa para la semana con "Laura" la charlatana



Para que uno se lance a realizar actos heroicos! Podéis figuraros lo que sufrió don Severo...



Ahora se le había antojado una galletita, y, pensando que desde allí no la oían, se puso a vociferar escandalosamente en la puerta.



Don Fielato, que hacía cómodamente la digestión, pensó que ésta iba a alterarse con aquellos alaridos de la vocinguera cotorra.



Al pronto pensó machacarla el pericráneo de un ladrillazo, pero luego pensó que era mejor darle una galleta envenenada.

Laura, muy agradecida, cogió la galleta fatal—tango—y comenzó a meterle mano, sin notar que estaba impregnada de veneno.



Para que uno se lance a realizar actos heroicos! Podéis figuraros lo que sufrió don Severo...



Pero, de pronto, don Fielato se estremeció de espanto. Un grito acababa de resonar: "Dame otra galletita. ¡Otra!" (Continuará.)



Para que uno se lance a realizar actos heroicos! Podéis figuraros lo que sufrió don Severo...



Para que uno se lance a realizar actos heroicos! Podéis figuraros lo que sufrió don Severo...

LAS BARBAS VERDES



Continuación

A las pocas horas de navegación se desencadenó una horrible tormenta que duró varios días. El viento rugía, sacudiendo las velas y las olas asaltaban furiosas el puente. En tan angustioso trance pareció a Ismael oír la voz de su padre que le reprendía por haber faltado a su promesa. El peligro iba en aumento; los marineros elevaban al cielo sus plegarias o practicaban sus conjuros, mientras lanzaban al mar barriles de aceite para apaciguar el oleaje. La tripulación comenzó a murmurar que a bordo se hallaba algún gran pecador. Ismael temió por su vida.

Al fin, impelido por violentas ráfagas, fondeó el barco en una amplia ensenada, y tras desesperados esfuerzos los marineros pudieron hacerse dueños de la nave y conducirla al puerto.



Así arribaron a la isla de Edom. Pronto los muelles se llenaron de gentes curiosas; todos los hombres lucían luengas barbas, e Ismael, en el colmo del espanto, pudo advertir que todas las barbas eran verdes.

Cuando el barco atracó al muelle, uno de aquellos hombres subió a bordo y conversó breves momentos con el capitán. Luego, dirigiéndose a Ismael, le preguntó si el cargamento de la nave era suyo. Al recibir respuesta afirmativa, añadió:

—Pobre joven! Has llegado tarde. Como en todo el mundo se ha sabido el gran valor que esta especie de madera tiene entre nosotros, han venido de todas partes tantos mercaderes trayendo de ella cantidades fabulosas, que hoy no sabemos ya qué hacer con ella y no tiene valor ninguno. Vale menos que la madera más ordinaria.

Ismael estaba desesperado! Haber quebrantado la palabra dada a su padre, haber corrido tantos peligros, y todo inútilmente! El hombre de las barbas verdes, dando señales de profunda conmiseración, saltó a tierra y se alejó.

Ismael sentía tal pesar y desaliento, que no quiso abandonar la nave y se

retiró a su cámara, donde pasó la noche entregado a sus remordimientos.

A la mañana siguiente se presentó de nuevo el hombre de las barbas verdes, y poniéndole afectuosamente la mano sobre el hombro, le dijo:

—He pensado toda la noche en ti, y he decidido quedarme con tu mercancía, pagándotela generosamente, aunque en el momento no valga nada. Quizás algún día recobre parte de su antiguo valor; y en caso contrario, siempre me quedará el consuelo de haberte ayudado en un trance desesperado. Y quitándose el turbante, añadió:

—¿Ves este cuenco? Pues yo te lo lle-



naré de oro, de monedas, de piedras preciosas, de lo que tú quieras. Pero tranquilízate. Mi familia y yo, compadecidos de tu situación, deseamos que seas nuestro huésped. Ven, pues, a nuestra casa, y allí decidirás lo que has de hacer.

Aquel hombre, como el derviche de Mascate, tenía unas palabras tan seductoras y una mirada tan penetrante, que Ismael se sintió subyugado y aceptó su ofrecimiento.

En casa de su huésped, Ismael se vió rodeado de infinitas atenciones. Todos se desvivían por satisfacer sus deseos. En las comidas servíanle las más delicadas viandas, las más exquisitas bebidas; y seguían luego músicas y danzas. Si los remordimientos no hubiesen amargado sus horas, Ismael hubiera prolongado gustoso aquellos días de gozo y olvido. Pero al tercer día comunicó a su huésped su resolución de regresar a Mascate, y de cederle su cargamento en las condiciones propuestas.

Aquella noche la familia multiplicó



sus agasajos. La comida fué más suntuosa, la música más deliciosa y su gestiva. Pero esto mismo despertó los recelos de Ismael, que para saber de fijo a qué atenerse, fingió quedarse dormido sobre los cojines de su diván. Cuando así le vieron, cesó la música; todos abandonaron de puntillas la habitación, y el padre salió de casa misteriosamente. (Continuará.)

LOS TRES AVENTUREROS

CONTINUACIÓN



Los tres aventureros a quienes el capitán había provisto también de ropa, desembarcaron en San Francisco, conscientes de la grave responsabilidad que sobre ellos pesaba. Deseosos de encontrar a mister Blacke, el agente secreto de la Policía, se encaminaron directamente a su casa, dando al conductor de un «taxi» las señas del detective. Les



barrio chino, admirando las filigranas expuestas en las vitrinas de los establecimientos. Abstraídos por completo, no se dieron cuenta de que varios hombres de siniestra catadura les seguían como sombras.

De pronto uno se destacó, y, acercándose a Boston, le preguntó la dirección de una calle.



ron con sus tres prisioneros, metiéndose en la red de intrincadas y oscuras callejuelas del barrio chino, hasta entrar en una casa de pobre aspecto.

Caminaban casi entre sombras, recorriendo pasillos y pasadizos subterráneos, y de pronto se abrió una puerta, dando paso a una sala de grandes dimensiones, con columnas y balaustradas de mármol. En el fondo, un Buda gigantesco parecía presidir la extraña estan-



recibió una señora de gesto amable, notificándoles que mister Blacke estaba de viaje y tardaría una semana en regresar.

En vista de tales inconvenientes, decidieron volver al barco y comunicárselo al capitán. Como era temprano, la curiosidad por conocer San Francisco les llevó a darse una vueltecita por el



—No entender—contestó el negro. Y en el mismo instante, dos chinos cayeron sobre el atleta descargándole un golpe tan tremendo en la cabeza, con una porra, que hizo rodar al hombre sin sentido. Al mismo tiempo, otra media docena de malhechores caía sobre los dos muchachos, reduciéndoles a la impotencia. Los asaltantes carga-



cia, y al pie del ídolo, un chino de elevada estatura y rasgos sanguinarios los contemplaba con ojos feroces. Sin moverse, el chino habló: «¿De modo que pretendáis burlar a Wu-Chum? ¡Voy a daros las gracias!» Y luego, dirigiéndose a uno de sus secuaces, añadió: «¡Regístrate!» Y terminó con una sonrisa cruel que helaba la sangre. «Vemos a divertirnos mucho... ¡Mucho!» (Continuará)



Al fiero lobo de mar le gustaba navegar.



Era audaz y decidido, noble, fuerte y atrevido.



En su barco miniatura quiso correr la aventura.



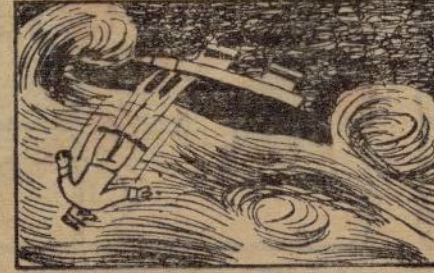
De ser nuevo navegante, solitario y arrogante.



Bien pronto cae en la cuenta de que estalla la tormenta.



Y en menos que canta un ave, un rayo parte la nave.



Ve que la tragedia es gorda, y se arroja por la borda.



Y al barco logra salvar el fiero lobo de mar.

• DON PONCIANO Y SUS SOBRINOS •



Los sobrinitos de don Ponciano querían ir a patinar al lago. Pero don Ponciano, que estaba de muy mal humor porque se le había enconado un callo del dedo meñique, se lo prohibió con gesto

altanero. Entonces los sobrinos, que ya sabéis lo listisimos que eran, cerraron la calefacción, regaron con agua el piso encerado, abrieron la ventana, y media hora más tarde el agua se había



helado, y sobre aquella pista improvisada comenzaron a deslizarse con la misma elegancia que un rinoceronte. Al ruido de los patines acudió don Ponciano y comenzó a patinar sin querer;

queriendo evitar el morrón con sangre, don Ponciano buscó un punto de apoyo y se organizó un "mitin", del que resultó don Ponciano como para que viniesen por él las mujillas.



JEROMIN y REPOLLO son los héroes del NUEVO TEATRO LIRICO INFANTIL que, muy en breve, se presentará en Madrid en uno de sus principales coliseos. ... Pronto, muy pronto, los niños madrileños oirán hablar, reír, cantar, a sus personajes favoritos.

¿CUANDO? ¿DONDE?

¡Ah, queridos amiguitos! Nosotros estamos enterados, nosotros lo sabemos, pero JEROMIN nos ha prohibido que os lo digamos para haceros rabiar un poco. Mas, perded cuidado; os lo diremos; hoy, todavía no. Pero, en cambio, vamos a deciros cuál será el título de la primera obra de la gran temporada de TEATRO LIRICO INFANTIL. Pues la primera obra se titula:

“EL PRINCIPE AZUL”

y “el príncipe azul”, que es un fantasma de gran espectáculo, os aseguramos que causará sensación en Madrid. Esta modalidad del teatro es algo que aquí no se conocía. Es la luz, el colorido, la belleza, encuadradas en el escenario de un teatro.

Id preparándoos, porque os vais a divertir en grande. Ya veréis, ya veréis cuando salga Repollo a correr ante vuestros ojos las maravillosas aventuras de “El Príncipe Azul”.

Risa sana, emoción, belleza, todo esto es el NUEVO TEATRO LIRICO INFANTIL, dentro de un fondo moral y cristiano de saludables enseñanzas para los niños. ...

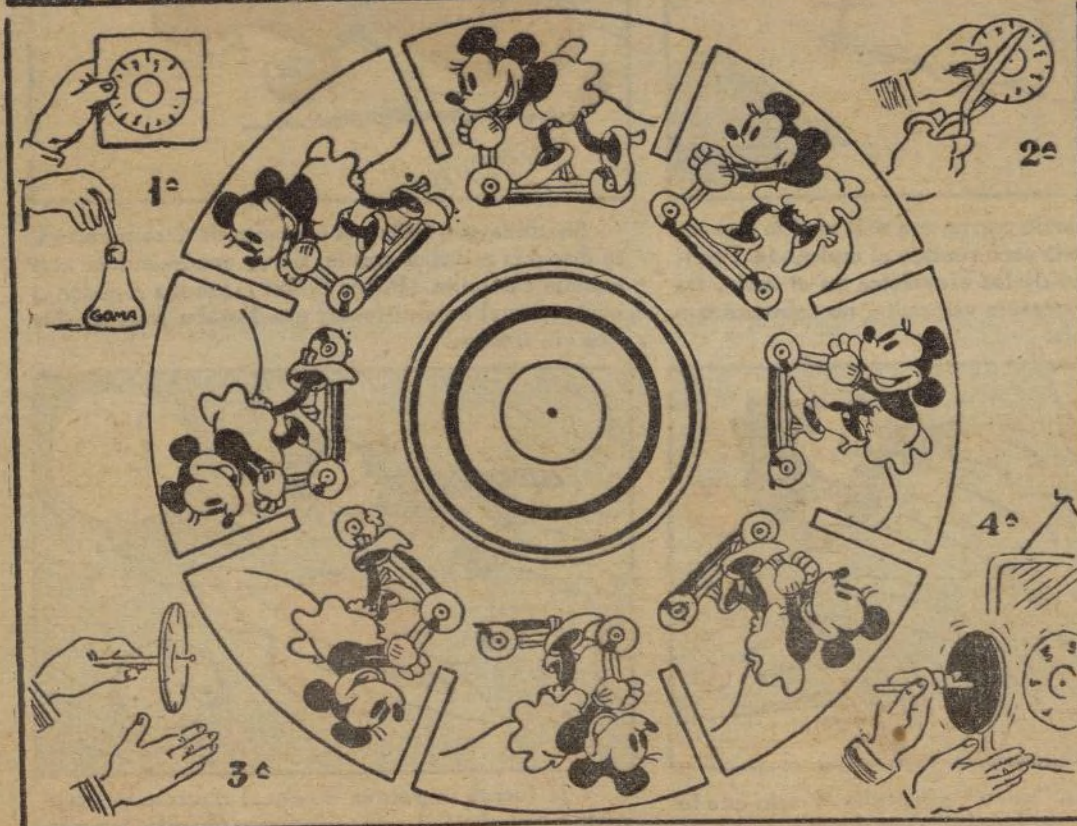
¿DONDE? ¿CUANDO?

¡¡Ya lo sabréis!!

NUEVO TEATRO LIRICO INFANTIL

El espectáculo que subyuga a los niños y encanta a los mayores.

CINEMA “JEROMIN”



Recortad las películas por la línea de puntos, pegándolas luego en una cartulina; en la pantalla

abris dos rajitas por donde indican las rayas, y ya no hay sino “rodar” la película.

AMENIDADES

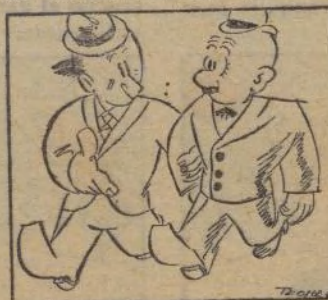
Hoy presentamos a los restantes personajes que han contribuido al éxito apoteósico de las emisiones infantiles radiofónicas, organizadas en Granada por JEROMIN. Este es el pe-

Y aquí está don Severo. El imponderable don Severo. En las emisiones de Granada le ha dado vida el distinguido y notable aficionado don Francisco Pérez Horques, a quien los



queño gran artista que, personificando a Perdigon ha hecho con su gracia personalísima las delicias de los jeroministas andaluces.

—Tuve la desgracia de caerme al río; dos hombres se lanzaron a salvarme y me sacaron, diciéndome que les debía la vida. Yo entonces les dije: —No



se pongan tontos; a mí no me han salvado nada. Yo sé nadar perfectamente; sólo que me había distraído.

Allá van los intrépidos alpinistas, eternos devoradores de la montaña. Agustinito Rubio García, de Alguazas (Murcia) y de nueve años de edad, es el



autor de esta maravilla pictórica, que nos ha producido un mareo de admiración al contemplarla.



niños de la región Sur deben tan buenos ratos, que la gracia del señor Horques ha sabido proporcionar.

Bimbete tiene muchos partidarios. No nos choca, porque



Bimbete es más simpático que un regalo de cinco duros a fin de mes. Claro es que Antonio Romero, de ocho añitos de edad, le ha pintado unos apéndices en la gorra, que en cuanto Bimbete la vea va a querer lesionar a Antofito; pero no te apures, Antofito, que Bimbete es un cobardón y tú le mojarás la oreja.



—No se oye mal el aparato, pero tiene ciertos ruidos extraños.

—No, señor; el aparato suena bien. Los ruidos extraños los hace mi señora que está durmiendo la siesta ahí al lado.

EL “CLUB BOMBÓN”

ESTATUTOS

Artículo 1.º El Club Bombón tiene por objeto:

a) La conquista de juguetes, caramelos, chocolatinas y cuantas golosinas deseen los asociados.

b) La formación de equipos deportivos para disputarse el campeonato internacional de los amigos de Bombón, Pilín y Lucero.

c) Cooperar al éxito de las estupendas aventuras que van a correr Bombón, Pilín y Lucero y los clubmans que quieran acompañarles.

Art. 2.º Podrán ser clubmans todos los niños y niñas que presenten los veinte episodios que integran cada historieta de aventuras.

Art. 3.º Al ingresar en el Club, mediante la presentación de una historieta completa, se entregará al nuevo afiliado un magnífico Diploma con un número valedero para todos los sorteos de juguetes, caramelos, chocolatinas y, en general, para participar en todas las actividades que constituyen el objeto del Club Bombón.

Art. 4.º Los clubmans serán

considerados como tales, mientras estén al corriente en el pago de sus cuotas mensuales. Estas cuotas consistirán en: Entregar cada mes, dentro de los cinco primeros días, cinco estuches vacíos de los que expenden los aparatos automáticos que todo buen clubman debe conocer. La falta de pago de una cuota mensual será motivo para dar de baja al clubman perdiendo todos los derechos que tuviera adquiridos, incluso los del número del Diploma.

Art. 5.º Cada clubman podrá presentar a otros niños y niñas que deseen ingresar en el Club por reunir las condiciones reglamentarias. Por cada una de esas presentaciones, se dará al clubman un número más con los mismos derechos previstos para el número del Diploma.

Art. 6.º Igualmente, cada Clubman, podrá satisfacer mensualmente las cuotas extraordinarias que desee. Por cada cuota extraordinaria (cinco estuches) recibirá otro número más.

(Continuará)

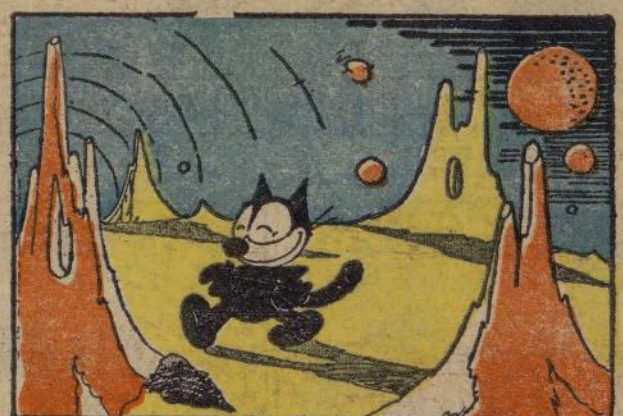
ANDANZAS DE FELIX



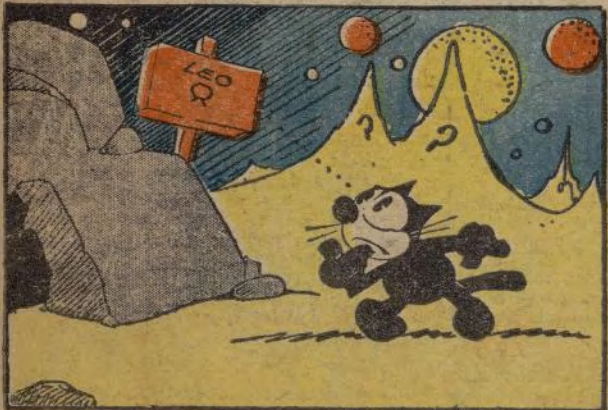
Ascendiendo por aquella escala esquelética, Félix llegó pronto a otro signo zodiacal, en el que decidió asentar sus reales, pues, a juzgar por el silencio que imperaba, debía de ser un planeta más tranquilo que la Casa de Campo.



Dando un salto sandunguero, como todos los suyos, se internó en el planeta, donde, efectivamente, no se veía bicho ni alma viviente alguna, cosa que alegró mucho al gato, a quien los sustos le estaban haciendo enflaquecer.



Y, seguro de que sus suposiciones eran fundadas, comenzó a pasear con más garbo que la Greta, moviendo el rabito con un zis zas de péndulo, que era un encanto de propiedad y de gracia fina elevada al cubo. ¡Qué bárbaro! ¡Qué frases!



Pero, de pronto, su vista se detuvo en un cartelito indicador. Su mala estrella le había hecho caer en Leo, que, como sabéis, es el signo zodiacal en el que manda el león. ¡Me he caído con todo el equipo!—sollozó el gato.



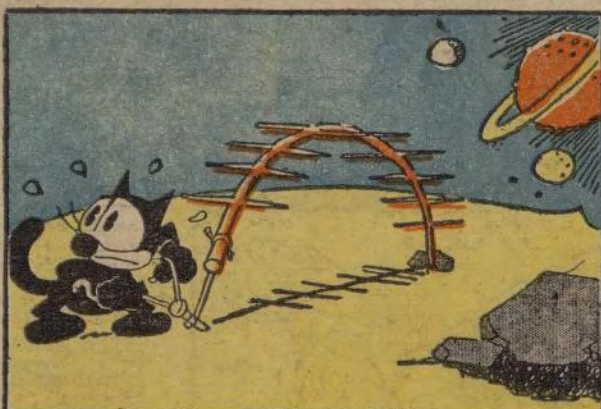
Y comprendiendo que si el león le echaba el guante allí, finiquitaban sus siete vidas, Félix se embolsó en busca de las escalas esqueléticas, con objeto de escapar de aquel terrible peligro que de nuevo le amenazaba con las del "verí".



Pero su carerá fué cortada por la presencia del rey de aquel planeta, que estaba desayunándose con una piedra betroqueña, y le oyó murmurar: "¡Quince mil años hace que no hincó el diente a un pedazo de carne! ¡Qué desgracia!"



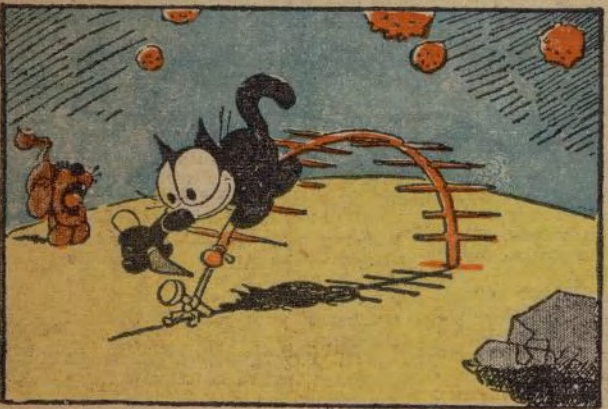
Félix, al oír lo de la carne, no pudo reprimir un grito de terror pensando en que él iba a servir de desayuno a Leo, y el grito fué oído por la fiera, que se lanzó sobre él cantando la "Ramona", de alegría ante el hallazgo.



Pero Félix, cuando corría, era más rápido que un trimotor, y pronto le sacó ventaja al melenudo. prontamente clavó uno de los esqueletos en el suelo, fabricándose una ingeniosa catapulta, no sabemos con qué objeto lo hacía.



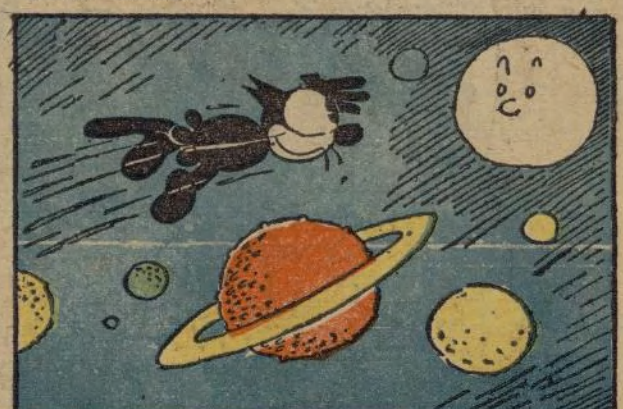
Sin duda que Félix, en un raptó de desesperación, se disponía a luchar con la fiera, apedreándola con aquella catapulta. ¡Pobre Félix! ¿Qué iba a poder él contra aquel animal feroz, que llegaba más terrible que el "simoun".



¶ Pero pronto nos demostró Félix que él era más listo que Cardona. No iba a luchar con el león; iba a huir con el león. El iba a ser el proyectil que lanzara la catapulta. El león llegaba ya cerca, y Félix cortó la cuerda.



"¡Ahí te quedas, 'salao', y permita el cielo que te dé la escarlatina, ¡so ladrón!"—exclamó a guisa de despedida, y, como una fecha, salió despedido, dejando al león con siete palmos de narices, burlado, indignado y mosqueado.



Y la fuerza impulsiva de aquel mortero del cuarenta y tres elevó al gato aventurero tan alto, tan alto, que se acercaba al Sol a pasos agigantados. ¿En qué pararía aquella carrera a través del espacio? Pronto lo sabréis.

(Continuará.)